

de otro al patíbulo, porque no podían sostenerse sobre sus piés, y espiraron en el mes de junio de 1638, suplicando á Dios que perdonase á sus asesinos. Habíanlo hecho así; y como si quisiesen legar al mundo una huella viva de la iniquidad de los jueces, é inocencia de los ajusticiados, amenazó el Consejo de las provincias con las mas severas penas á cualquiera que publicase ningun escrito que recordase, aun en el sentido del Gobierno holandés, la conspiracion que tan bárbaramente habian expiado los tres Jesuitas.

## CAPÍTULO XXIV.

Los Jesuitas llamados al Bearn. — Luis XIII y el P. Arnoux. — Predica este al Rey la tolerancia en favor de los Protestantes. — Júranle estos un odio eterno. — Empeña al Rey á reconciliarse con su madre. — El P. Seguiran, confesor del Príncipe. — El cardenal de Richelieu, ministro. — Razonas que alega respecto de su aprecio á los Jesuitas. — La universidad de Paris se muestra celosa de los Jesuitas. — El P. Coton, provincial. — Política de Richelieu. — Acusacion contra los Padres. — El cardenal Barberini, legado en Francia, y el P. Eudemon Juan. — Mateo Molé y Servin. — El P. Keller, autor de varios folletos contra Richelieu. — Eudemon Juan y el P. Garasse son acusados. — *Mysteria politica et admonitio ad regem*. — Condenacion de estas obras. — Santarelli y el Parlamento. — Muerte de Luis Servin. — Omer Jalon ataca á los Jesuitas. — Toma su defensa Mateo Molé. — Son citados á la barra. — El P. Coton y el primer Presidente. — Calma Richelieu la tempestad que ha suscitado. — Muerte del P. Coton. — Carta del P. Suffren al General de la Compañía. — Empadronamiento de los estudiantes de la provincia de Paris. — Richelieu y los Jesuitas. — La ciudad de Paris y el preboste de los comerciantes ponen la primera piedra del colegio de los Jesuitas. — Cólera de la universidad. — Contestacion del preboste y de los regidores. — Guerra de las universidades del reino contra la Compañía. — Memoria del P. Garasse. — Richelieu y el P. Teófilo Raynaud. — El P. Suffren sigue á la reina madre en su destierro. — Elogio de Suffren, por el abate Gregorio. — El duque de Montmorency es condenado á muerte: llama al P. Arnoux. — Cinq-Mars y De Thou. — La corte y los confesores del Rey. — Luis XIII y Richelieu. — El Padre Caussin y la alianza con los protestantes de Alemania. — La señorita de Lafayette y los Jesuitas. — El P. Caussin desterrado por Richelieu. — La *Gaceta de Francia* calumnia al Jesuita. — El P. Bagot, confesor del Rey, se retira de la corte. — El P. Sirmond. — Carácter de Richelieu. — Prepara una revolucion. — Aspira al patriarcado. — Trata de reunir un concilio. — Secúndale el P. Rabardeau. — Muerte del Ministro. — Muerte de Luis XIII. — El P. Dinnet. — El gran Condé en Rocroi. — El mariscal de Rantzaw abjura el protestantismo en manos de los Jesuitas. — Grandes fundaciones y grandes hombres. — Asócianse los Jesuitas á todas estas obras. — Apostasía del P. Jarri-ge. — Su libro de los *Jesuitas en el cadalso*, y su retractacion. — Lo que es un confesor de un rey. — Carlos IV, duque de Lorena y los Jesuitas. — Francisco de Gournay y Carlos de Harcourt en el noviciado de Nancy. — El P. Cheminot aprueba la bigamia del duque de Lorena. — Se pone en lucha con la Compañía. — Amenazas del Duque. — Obstinacion del Jesuita. — Cheminot excomulgado. — Carta del P. Toccius Gerard al General. — Arrepentimiento de Cheminot.

Graves y serios acontecimientos se consumaban en el Norte de Europa en los que se hallaban mezclados los Jesuitas, ora triunfantes, ora perseguidos. En la misma época la justicia del pueblo y el favor de la corte les permitían en Francia hacer frente á las agresiones y tomar la ofensiva. Las guerras de religion no iban á ser ya mas que un ligero recuerdo, porque libertada ya la Francia por Enrique IV de ese cáncer funesto, se creaba la influencia que España habia conquistado bajo el reinado de Felipe II. Solo la restaba apaciguar algunos descontentos parciales, y contrarrestar los esfuerzos de las grandes familias calvinistas que soñaban en federalizar el reino, dividiéndole en ocho círculos republicanos, cuyas porciones se repartían ya en sus ensueños. Los Protestantes, siempre rebeldes y contumaces, se habian armado en las márgenes del Loira, en el Poitou, en el Mediodia y en el Bearn; pero habiéndose puesto el Monarca á la cabeza de sus tropas, dispersó á los rebeldes. Era preciso dar á los bearneses una prueba de fuerza moral; porque aunque es verdad que Enrique IV, su compatriota, habia logrado establecer en esta provincia á los Jesuitas, tambien lo es que aprovechándose de las faltas cometidas durante la regencia de María de Médicis, y atrincherados los bearneses en sus montañas, habian siempre rehusado admitirlos en su territorio. « Bueno es advertir, dice el presidente Gramond « en su *Historia de las guerras de Luis XIII* <sup>1</sup>, cuán profundo es el « odio de los herejes contra los Jesuitas, sugetos de costumbres « irreprehensibles, á quienes seria difícil referir todo lo que les debe la Francia victoriosa durante esta guerra. » Después de haber incorporado el Rey á la corona el territorio de Bearn, por un decreto expedido en 1620 restableció en él el culto católico. Este necesitaba misioneros, y echó mano de los Jesuitas que le habian seguido en los campamentos, y que, segun la expresion del citado Presidente, habian animado á los soldados en las trincheras de San Juan de Angely; y no le salieron fallidas sus esperanzas.

Luis XIII, príncipe joven todavía, y cuyas cualidades, lo mismo que sus defectos, para nadie eran un secreto, habia heredado de su padre una parte del valor y su afecto á la Religion; pero tímido en el trono, y agobiado su corazon bajo el peso de incessantes melancolías, solo aspiraba á dejarse gobernar. Así es que

<sup>1</sup> *Historia prostratae à Ludovico XIII sectariorum in Gallia religionis*, libro II, cap. 2.

empezaba el reinado de los favoritos: los nombres del condesable de Luynes, del duque de San Simon y Cinq-Mars se hacían históricos solo por la amistad con que los honraba el hijo de Enrique: los Jesuitas no se granjearon una posición menos elevada, disfrutando del favor del Monarca, y dirigiendo su conciencia.

Hacia ya largo tiempo que ansiaba el P. Coton volver á comunicar á su alma una nueva energía en la soledad, y accediendo el Rey á sus deseos, fue llamado el P. Arnoux en 1617 para desempeñar el cargo de confesor. « Este Jesuita, dice el abate Gregorio <sup>1</sup>, sucesor de Coton, era hábil controversista y gran predicador como aquel. » Habiendo atacado la profesion de fe de los Calvinistas, en un sermón predicado en Fontainebleau en presencia del Rey, Dumoulin y Metretat, reunidos á otros dos ministros, publicaron en seguida la defensa de la citada profesion de fe, que después fue refutada por varios escritores católicos, entre los que se contaba el obispo de Luzon, poco después cardenal de Richelieu. Como el motivo de esta polémica habia sido el sermón del P. Arnoux, el partido protestante le juró aquel odio eterno del que pasó á ser órgano Elías Benito en su *Historia del edicto de Nantes*, donde á falta de pruebas acumuló sobre su cabeza inyectivas y acusaciones, refutadas ya completamente por el P. Mirasson, barnabita, en su *Historia de las revueltas del Bearn*.

En el sentir de este sacerdote, cuyo nombre se ha hecho célebre en los anales de la revolucion francesa, el P. Arnoux pasó á ser el blanco de la cólera de los Protestantes, por haber suscitado al pié del trono una controversia, que los Calvinistas sostenían á sangre y fuego. Y como aborrecer á un individuo de la Compañía de Jesús era lo mismo que odiar á la Orden entera; al constituirse los Protestantes en campeones del libre exámen, rechazaban con toda la fuerza de su raciocinio, y hasta con desden, las tradiciones y doctrinas del catolicismo, sin que fuese permitido combatir sus principios. El Jesuita no supo transigir con ellos, sino que en un tiempo en que los furoros religiosos fermentaban en todos los ánimos, supo hacer distincion entre la tolerancia y el deber. Los sectarios, á quienes veremos bien pronto levantar el estandarte de la revolucion, exigían la expulsion de los Jesuitas;

<sup>1</sup> *Historia de los confesores de los emperadores y reyes*, por Gregorio, página 332.

al paso que estos, que no experimentaban en presencia de sus enemigos unos de esos terrores que el destierro hubiera podido únicamente calmar, se ostentaban mas confiados en la justicia de su causa, y mas humanos en su proselitismo. «El odio de los re-  
«formados contra Arnoux, añade el obispo constitucional de Blois (ibid.), era tanto mas injusto, cuanto que en otro sermón predicado por él, había recordado á Luis XIII que les debía protección como á los demás súbditos, conviniendo todos los historiadores en que constantemente inspiraba al Monarca sentimientos de moderación con respecto á ellos.» Arnoux, confesor del Rey, era tolerante; pero no carecía de valor y energía, cuando desde la cátedra del Espíritu Santo inculcaba á su regio penitente esas grandes lecciones, que solo puede autorizar la santa libertad de un sacerdote.

Divididos hijo y madre en 1619 á consecuencia de varias intrigas políticas, habíala confinado Luis XIII al castillo de Blois, de donde la sacó el duque de Epernon para conducirla á Angulema; conducta que dió motivo á rumores siniestros. Decíase que mal aconsejado el Rey por sus jóvenes favoritos, pretendía quizás hallar en una guerra parricida el reposo de que le privaban las quejas de María de Médicis. Alarmado Arnoux por la noticia de este crimen improbable, cuya sola idea consternaba á la Francia, y conociendo que le era indispensable desempeñar un deber imperioso, se atrevió á decir, predicando un día en presencia de la corte: «No se puede creer que un príncipe religioso saque la espada para derramar la sangre de la persona que le dió el ser: «vos no permitiréis, Señor, que haya yo anticipado una impos-  
«tura en la cátedra de la verdad; y por lo mismo os conjuro por «las entrañas de Jesucristo, que no presteis oídos á los consejos «violentos, ni deis ese escándalo á la cristiandad.»

Esta audacia heroica, según Voltaire, produjo resultados felices: pues llamado el Rey á su propio corazón por un hombre cuyo carácter veneraba, comprendió que su dignidad no le dispensaba de honrar á la que le había llevado en su seno. Nada hasta entonces había podido calmar la irritación de su ánimo; mas las palabras del Jesuita bastaron para preparar la tan deseada concordia. Sin embargo, un hombre tan arriesgado en el cumplimiento de su deber no podía menos de ser un antagonista de todas las adulaciones: el condestable Luynes se declaró adversario su-

yo, y dos años después aceptó el P. Seguiran unas funciones que parecían hereditarias en la Compañía de Jesús. Mas si el primero había sido acusado de intolerancia, su sucesor fue tachado de orgullo; apenas había tomado posesión de su empleo, cuando dijeron que trataba de establecer una etiqueta particular en favor de los Jesuitas confesores del Rey, y que sus pretensiones no tendían á menos que á conquistarse la presidencia sobre los obispos y príncipes de la Iglesia. Los cardenales de La-Rochefoucauld y Richelieu, demasiado interesados en la cuestión para dejar de profundizarla, manifestaron que semejante rumor era una calumnia; mas en medio de las intrigas de que era teatro en 1621 la corte de Luis XIII, se ponían en juego tantos amaños secretos contra los Padres, que por mas que la declaración de ambos prelados no dejaba lugar á la duda ni al error, sobrevivió sin embargo la impostura. El P. Arnoux había caído en desgracia, por haber tenido la suficiente energía para abrazar el partido de María de Médicis proscrita; y el 20 de diciembre de 1625 sucumbió Seguiran, por haber desagradado á esta Princesa reconciliada ya con su hijo; quien, á instancia de los cardenales citados, eligió para director de su conciencia al P. Juan Suffren, confesor de la Reina madre hacia ya catorce años.

En este momento empieza á fijarse la política incierta del gabinete francés. Elevado Richelieu al poder, se ha visto precisado á luchar contra todos los obstáculos: ha logrado vencer la repugnancia del Soberano; se ha formado un pedestal de María de Médicis, y aun se ha arrastrado quizás para sobreponerse al trono; pero ahora, que ha pasado á ser rey, va á gobernar por su voluntad de hierro y por su genio, que sabrá arrostrar las dificultades, ó triunfar de ellas á fuerza de perseverancia. Richelieu conoce á fondo el carácter francés, y amante de todas las glorias, va á presentarse en la escena como poeta, soldado, teólogo, administrador, obispo y hombre del mundo. Sin otro afecto que el que le inspiran sus cálculos, va á constituirse en defensor de los Jesuitas, porque conoce que ellos solos podrán hacer frente á la herejía; ámalos por lo mismo que los odian los Protestantes; de modo, que cuando los ministros de Charenton reclamaron la abolición de la Orden de Jesús en Europa, este hombre de Estado dió á los Católicos una lección, que jamás hubieran debido perder de vista. «Es tan grande la bondad divina, decía dirigiéndolo-

«se á los Calvinistas<sup>1</sup>, que regularmente convierte en bien todo «el mal que se trata de hacer á los suyos. Pensais perjudicar á «los Jesuitas, y les haceis por el contrario un servicio inmenso, «puesto que no hay un solo sugeto que ignore la gran gloria que «les resulta de ser vituperados por los mismos labios que acusan «á la Iglesia, calumnian á los Santos, injurian á Jesucristo, é in- «culpan á la Divinidad. La misma experiencia nos enseña que la «impostura es para ellos una ventaja, porque á mas de las con- «sideraciones que les merecen el aprecio de todo el mundo, los «estiman muchos particularmente por lo mismo que vosotros los «detestais.»

Richelieu solo aspiraba á formar causa comun con los Jesuitas : era demasiado perspicaz para no apreciar su sagacidad, al paso que demasiado justo para no tenerles en cuenta las animosidades y odios de que los veia hechos el blanco; pero si el obispo habia sabido defenderlos con tanto vigor, el ministro de Estado se creia con derecho á esperar que le secundarian en sus planes políticos. El Parlamento y la universidad sabian que el Cardenal se irritaba fácilmente cuando veia ajado su amor propio, y no siéndoles posible atacar de frente á la Compañía de Jesús, dejaron á cargo del ministro la satisfaccion de su propia venganza. Acababa la universidad de experimentar cierto contratiempo que habia renovado sus cuitas. Enrique de Borbon, discipulo de los Jesuitas, quiso, al hacer su acto público de teología, luego de su promocion al obispado de Metz, tributar á sus maestros una prueba de gratitud, eligiendo su colegio para sufrir el exámen; y aunque trataron estos de comprometerle á dispensar este honor á la Sorbona, segun afirman los antiguos manuscritos del tiempo, no pudieron jamás retraerle de su propósito. Luis XIII, que profesaba una amistad sincera al hijo de Enrique IV y de la marquesa de Verneuil, se decidió á honrar con su presencia esta tesis, y acompañado de toda la corte, se presentó en el colegio de la Compañía : esto solo bastaba para suscitar las rivalidades y encono de la universidad.

En esto, llegó de Roma el P. Coton, nombrado provincial de Francia; quien desde luego empezó á encontrarse en una posición excepcional. Habia visto crecer en derredor suyo aquellos

<sup>1</sup> *Defensa de los principales puntos de la fe católica contra los cuatro ministros de Charenton*, cap. 9, pág. 190. (Chalons 1683).

jóvenes ambiciosos que se disputaban el favor del Monarca; honrábale Richelieu con su amistad, al paso que el condestable de Lesdiguières, que en 1622 habia abjurado el calvinismo; y Sully en su retiro le acogia como un recuerdo del buen Rey : era como un lazo que unia el pasado al presente. Apenas de regreso entre sus hermanos de quienes era jefe, trató Coton de rechazar los ataques. Cuanto salia de la pluma de los Jesuitas era en el mismo instante acriminado : la universidad los acusaba de monopolizadores de la educacion; los Calvinistas los tachaban de avaros y atesoradores : pero tratando el Jesuita de defender á su Orden, dirigió una carta al Monarca, en la que se lee : « Los enemigos de la Iglesia y del Rey quisieron hacer creer al dicho difunto «Rey, nuestro padre, que nuestra Compañía era tan rica que nadaba en beneficios; por cuya razon me ví precisado á presentar «una estadística de todas nuestras posesiones al señor de Bellièvre, «canciller del reino á la sazón, al señor de Sully, superintendente «general de rentas, y á los señores secretarios de Estado, haciéndoles ver lo mismo que ahora pretendo, que no llega á doscientos «francos lo que cada uno de nosotros tenemos, comprendiendo en «ellos la subsistencia, el vestido, la biblioteca, sacristía, edificios, «procesos, viáticos y demás gastos, tanto comunes como particulares; y pudiéramos nombrar varios eclesiásticos franceses, el «menor de los cuales posee por sí solo mas beneficios que todos «nosotros juntos, como ya fue probado entonces, y como estamos «prontos á probarlo en cualquiera ocasion que V. M. lo desee.»

Una nueva tempestad rugia sobre sus cabezas, cuyos primeros chispazos habia hecho estallar un sacerdote de Dieppe. Este eclesiástico acusó al P. Ambrosio Guyot de conspirar con los españoles contra el Rey y el Cardenal, con motivo de la guerra de la Valtelina. Richelieu trataba al mismo tiempo de la prosecucion de dos planes : el exterminio del calvinismo en Francia, y el abatimiento de la casa de Austria en Europa. Esta política no era por cierto hija de una idea caballeresca; no entraba en sus proyectos el vengar la derrota de Pavia y la cautividad de Francisco I : sus planes miraban mal al presente. En el interior se mostraba inexorable con los Hugonotes, mientras en el exterior alentaba su espíritu de revolucion, asalariaba á sus jefes, y hacia causa comun con ellos. Los Católicos, para quienes venia á ser un enigma la clave de esta doble diplomacia, después de extrañarla en alto gra-

do, acusaron al P. Guyot como fautor de los extranjeros. El delator confesó mas adelante, y en el momento en que expiaba en el patíbulo su crimen de traicion, que el Jesuita estaba inocente; mas no por esto desvaneci6 la sospecha en el corazon del ministro. El Parlamento vi6 una ocasion propicia, y trat6 de aprovecharla.

En esto, envi6 Urbano VIII á Paris al cardenal Barberini, en calidad de legado apost6lico, pasando tambien agregado á la legacia en clase de te6logo y consejero el P. Eudemon Juan, cuyo nombre y escritos habian resonado tantas veces en la pol6mica <sup>1</sup>. Apenas hubo llegado, cuando corri6 la voz de que este Jesuita tenia pocas simpatías por el reino de san Luis; y luego que este rumor hubo adquirido alguna consistencia, el abogado general Servin, que sabia que Richelieu no lo desmentiria, acusa al Jesuita como autor de varios escritos sediciosos, y despu6s de proponer en pleno parlamento la violacion del derecho de gentes y del de embajadores, se atrevi6 á proponer contra 6l un arresto personal. Irritado el procurador general Mateo Mol6, al escuchar las amargas expresiones de Servin, impuso silencio al orador judicial con tono imperativo. Mol6, á mas de hallarse estrechamente ligado por los v6nculos de la amistad al P. Coton, habia podido seguir la huella de los Jesuitas, estudiándolos en todas las situaciones, y manifestándoles un afecto fundado en la valuacion de su mérito (porque este magistrado, haciéndose superior á las animosidades, solo buscaba la justicia de las inspiraciones de su conciencia).

Apenas calmada, pues, por su influjo esta tormenta, cuando la conducta del P. Keller, Jesuita aleman, suscit6 otra nueva. Convencido este Padre de que los cat6licos de Alemania habian pasado á ser v6ctimas de la pol6tica del Cardenal, y sabiendo que aquellos eran acreedores á que les dijese la verdad, us6 del derecho que asiste á todo hombre; y despu6s de censurar, segun el punto de vista de su nacion, la direccion que el ministro de Luis XIII imprimia á los negocios, public6 á fines de 1625 los *Mysteria politica*, y su *Admonitio ad Regem Christianissimum*. Era mas peligroso ofender al Ministro que al Monarca; y como estas dos obras ponian al descubierto el fondo de la idea del Cardenal, al paso ajaban su orgullo, y amenazaban derrocar su poder mal ase-

<sup>1</sup> Andrés Eudemon Juan era natural de Gandía.

gurado aun: á pesar de haberse dado á luz bajo el velo del anónimo, la universidad y el Parlamento no tardaron en vislumbrar la mano de un Jesuita. Y no les cost6 gran dificultad el adivinarlo: el P. Eudemon Juan era á la saz6n el blanco de sus tiros; nadie mas que 6l podia ser el autor de semejantes escritos, que solo tenian de malo el haber ocultado la verdad bajo la máscara del anónimo: el Jesuita trat6 de sincerarse, negando ser obra suya aquellos folletos; pero pasando en seguida á inculpar á otros colegas de aquel, recayeron las sospechas en los PP. Garasse y Seribani, provincial de Flandes.

Tenia el primero de los mencionados Padres demasiada verbosidad y mal gusto, demasiada conviccion religiosa y aspereza, para producir aquellos libelos; pero en medio de su licencia para lanzar invectivas y ridiculas antítesis, este Jesuita, á quien los sarcasmos del jansenismo han entregado á la irrision pública, poseia un carácter probo y una ardiente caridad. Trat6 de sincerarse contra las inculpaciones de que era objeto, y tuvo la fortuna de encontrar en tres hombres elevados á la saz6n al emporio de las grandezas por sus virtudes, valor militar y talentos, unos verdaderos amigos, que salieron garantes de su probidad. Esta triple amistad del cardenal de La-Rochefoucauld, del duque de Montmorency y Mateo Mol6, es un título de gloria para el nombre de este sacerdote, que posey6 en un grado eminente las cualidades y defectos de los escritores de su tiempo, y que algunos años despu6s (el de 1634) muri6 en Poitiers, v6ctima de su caridad en favor de los apestados. Visto por Richelieu que el autor presunto de la obra se hallaba á cubierto de la égida de los citados personajes, quiso al menos hacer recaer su cólera sobre aquella; y como el Parlamento y la universidad estaban á sus órdenes, no tardaron en condenarla por unanimidad. La asamblea del clero fulmin6 contra ella una sentencia análoga.

Esta venganza no bastaba para calmar el encono del Cardenal, como ni el de las dos mencionadas corporaciones, y habiendo sido conocido en Paris el 20 de enero de 1626, pocos dias despu6s de promulgarse el decreto contra los *Mysteria* y la *Admonitio*, el tratado del Jesuita Santarelli <sup>1</sup>, despu6s de examinarle el doctor

<sup>1</sup> Di6se á luz esta obra en Roma bajo el epigrafe: *De Haeresi, schismate, apostasia, sollicitatione in sacramento Poenitentiae, et de potestate summi Pontificis in his delictis puniendis.*